

Establecida la religion, despues de una lucha dolorosa, en que una inmoralidad descarada y una atroz supersticion la disputaron el terreno, sacrificando millones de víctimas, la destinaba todavía la Providencia á otro objeto, cual era el de civilizar esas mismas tribus feroces, que venian á saciar tantas venganzas. Sí, ella dulcificó las costumbres de aquellos guerreros, incapaces de doblegarse á otro yugo que no fuera el de la cruz.

Desde que la doctrina del Evangelio apareció en el mundo, se mostró infinitamente superior á las doctrinas de los filósofos, y á la enseñanza de sus mas famosas escuelas. Basta abrir las obras de los mas celebrados escritores gentiles, para ver en ellas, de un solo golpe, todas las perplejidades é incertidumbres de que es capaz el entendimiento del hombre; al paso que en los escritos de los primeros Padres de la Iglesia, se notan una claridad suma, con un tono de firmeza y conviccion, que en vano se buscarian en sus contrarios. La promulgacion del Evangelio marca una línea indestructible, entre lo que vale la razon, entregada á sus propias fuerzas, y aquello de que es capaz, ayudada de la revelacion.

Se envanece la gentilidad con los nombres de los filósofos y oradores griegos y romanos, que llevaban el arte de racionar, y la manera de decir hasta un punto casi increíble de perfeccion y de belleza; pero bien examinadas sus producciones, ¿guardan acaso proporcion con las de los escritores cristianos, no solo en la esencia de la doctrina, sino aun en los accidentes de que aparece revestida? Admirable son sin duda las oraciones de Esquines y de Demóstenes, ¿pero no tienen que ceder el puesto á las de San Juan Crisóstomo? Dispútanse en las mas famosas de aquellos genios insignes, intereses materiales y pequeños, peculiares á una nacion reducida, á determinadas familias, ó tal vez á uno que otro individuo, al paso que en las segundas se trata de los grandes intereses de todo el género humano; intereses sumos, que abrazan todas las circunstancias, que se elevan sobre todas las condiciones, y que empezando por el tiempo, van á mezclarse y confundirse en las regiones de la eternidad. La superioridad del asunto levanta al orador á una altura, desconocida hasta entonces á la oratoria profana; y las palabras de que se vale, persuaden á todos los entendimientos, mueven todos los ánimos, arrastran todas las voluntades, y hallan eco en todos los corazones. Véase, por ejemplo, aquella en que el ilustre arzobispo describe la caída del favorito Eutropio, desde las altas gradas de la privanza, hasta el abismo del infortunio, tomando de aquí motivo para representar á sus oyentes, con imágenes vivas y animadas, lo breve de la vida y lo perecedero de sus horas. <sup>1</sup> “Se ha dicho siempre con verdad, esclama, pero hoy mas que nunca debemos repetir, que todo en este mundo es vanidad de vanidades, y suma vanidad. ¿Qué se ha hecho el esplendor del consulado? ¿dónde están las antorchas que precedian á las marchas triunfales? ¿dónde los aplausos y los coros llenos de armonía? ¿Dónde los convites y las cenas, el aparato de los festines y la pompa de las solemnidades? ¿Dónde las coronas y las aulas régias? ¿Qué se han hecho, por fin, los rumores lisonjeros de la ciudad, las

<sup>1</sup> Homilía in Eutropium.